

¿HAY ALGO QUE RESISTA EL EMBATE DEL TIEMPO?

Meditaciones de Pigi Banna y Testimonio de Jesús Carrascosa
durante el Triduo Pascual de Gioventù Studentesca

Rimini, 18-20 de abril de 2019

Mensaje de saludo de Julián Carrón

18 de abril de 2019

Queridos amigos,

¿Quién de nosotros no ha experimentado momentos en los que le parecía tocar el cielo con la mano? Estábamos contentos, llenos. Son momentos únicos, apasionantes, que deseáramos que permaneciesen para siempre, porque «nos parecía haber encontrado la llave / secreta del mundo» (F. Guccini, *Farewell*).

Pero cuántas veces, inmediatamente después, parece que «todo se echa a perder», como dice una canción de Gabor (*L'illogica allegria*).

A partir de esta experiencia elemental –que todos tenemos– surge con urgencia la pregunta que tenemos ante nosotros en estos días: «¿Hay algo que resista el embate del tiempo?».

No podemos responder a esta pregunta con nuestras opiniones, con nuestras reacciones instintivas. De hecho, ellas no son capaces de ofrecer una respuesta a la altura de la urgencia que todos sentimos dentro de nosotros.

Solo un hecho, solo una experiencia vivida puede ser capaz de responder de forma adecuada. Encontrarla no es un problema de inteligencia o de esfuerzo, sino de atención. Nos lo recuerda don Giussani: «La verdad última es como encontrar una cosa bella en nuestro camino: se la ve y se la reconoce si se está atento. El problema, por tanto, es de atención» (*El sentido religioso*, p. 57).

Pero, ¿cómo llegar a identificarla, cómo no equivocarnos al reconocerla?

«Esto es –escribe Kierkegaard en su *Diario*– lo importante de la vida: haber visto una vez algo, haber escuchado algo tan grande, tan magnífico que cualquier otra cosa sea nada comparada con ella, e incluso si se olvidase todo lo demás, esa no se podría olvidar nunca».

¿Os ha sucedido alguna vez algo así?

Solo quien lo identifica en su propia experiencia tendrá la respuesta a la pregunta que os habéis planteado estos días, y que es «la» pregunta de la vida.

¿Hay aventura más fascinante que encontrar «la» respuesta?

¡Buena aventura!

¡Y Feliz Pascua!

Vuestro amigo,

Julián

1. Los amó hasta el final (Jn 13,1)

¿QUIÉN ES AMIGO DE VERDAD?

¿Hay algo que resista el embate del tiempo? ¿El tiempo lo apaga todo?

Se trata de una pregunta que no nos deja en paz, que nos aterroriza y nos hiere, porque evoca las muchas experiencias de fracaso que no nos ahorra la vida. Es el fracaso del sentimiento, cuando el entusiasmo se desinfla con rapidez, dejándonos presa de la desilusión. «Nada dura, nada dura», canta Vasco.

Pero existe un fracaso que hace que esta pregunta sea más hiriente aún: es el fracaso de las relaciones más queridas, cuando los amigos, a veces incluso los padres, te traicionan. Pero entonces, ¿quién es el amigo verdadero que no traiciona? ¿Quién es el amigo que resiste el embate del tiempo?

Frente a la desilusión y la traición, tendríamos la tentación de responder que no hay nada que resista el embate del tiempo. Se insinúa la idea de que toda la luz que nos ha iluminado ha sido solo el reflejo de un agujero negro en el que acaba todo. ¿Para qué sirven, entonces, esos oasis felices, esas guaridas en las que buscamos refugio de vez en cuando poniéndonos una máscara, aunque sea solo por una noche, si al final todo termina en la nada? ¿Para qué sirve afanarse en ser alguien a los ojos de los demás? Como ha escrito uno de vosotros: «Los adultos lo llaman “crecimiento”, yo en cambio lo llamo “tortura”». Esta tentación – por usar una palabra precisa– se llama nihilismo, que significa afirmar que, en última instancia, todo es nada, todo es nada, como describe Montale en su poesía *Tal vez una mañana*: «La nada a mis espaldas, el vacío detrás / de mí, con un terror de borracho».

El nihilismo es una opción que está siempre al acecho, pero, ¿en qué medida es razonable decir que todo es nada? En el fondo se trata de una cómoda vía de escape, una solución fácil cuando no somos capaces de estar frente a la traición y a la desilusión. Entonces preferimos escapar. Pero, en el fondo, ¿escapar de qué?

De nosotros mismos. Escapamos del deseo de que pueda suceder una novedad ahora, de que pueda suceder algo que nos permita renacer más que cuando nuestra madre nos dio a luz, algo de lo que no podamos volver atrás, algo más fuerte que el fracaso, que el sentimiento, más fuerte que la muerte.

Estamos juntos porque no queremos huir espantados de todo, dominados por el miedo a la nada. Somos amigos para defender de la nada el deseo más verdadero: que nos suceda algo que consiga por fin resistir el embate del tiempo.

Testimonio

Por desgracia, desde hace meses llevo dentro de mí un gran peso.

Una noche descubrí que mi madre tenía una relación con otro hombre.

Descubrir esto me dejó devastada, y el efecto fue aún mayor cuando me di cuenta de que mi padre no quería saber nada de ello.

Traté de luchar contra este dolor, pero al poco tiempo empecé a percibir el efecto que tenía sobre mí; dejé que todo que ahogase, y sentí muy cercanos estos versos: «Qué extraño es hacerse daño / mientras el tiempo apaga lo que eres» (*Caccia militare*, Rovere – 2017).

Al final, la semana pasada, después de años de lucha con mis padres para ir al Triduo, mi padre me dijo: «A mí me parece que es tan solo un agobio más, pero vete si crees que es importante para ti».

En ese momento salté instintivamente sobre él y le di un abrazo. Fue fantástico escucharle decir estas palabras.

Vengo al Triduo preguntándome: «¿Cómo puedo estar delante de esta situación?» y «¿Cómo no dejar que el tiempo lo apague todo?».

¹ V. Rossi, «Dannate nuvole», p. 6.

² E. Montale, «Forse un mattino», p. 5.

¡EL CORAZÓN ESTÁ DESPIERTO, DESPIERTO!

El nihilismo opta por negar que existe algo que resiste dentro de nosotros, opta por huir de ello. Pero por mucho que podamos tratar de convencernos de que no hay nada que resista el embate del tiempo, nunca conseguimos eliminar del todo el deseo de una transformación, de un cambio de rumbo. Como canta Lady Gaga en *Shallow*: «¿Eres feliz en este mundo moderno o necesitas algo más? ¿Estás buscando otra cosa? [...] En todos los momentos bonitos me sorpendo deseando un cambio, y en los momentos difíciles tengo miedo de mí mismo. Dime una cosa, amigo, ¿no estás cansado de intentar llenar ese vacío?».

Hay algo en nosotros que, aunque a veces resulte incómodo, se rebela ante la hipótesis de que todo sea nada. «Pero si las cosas no resisten el embate del tiempo» –escribe una chica– «¿por qué estoy tan mal? ¿Por qué sufro siempre al pensar que las amistades pueden acabar? Sin embargo, a pesar de esta rabia, no puedo dejar de ver que hay “algo” en mí que grita continuamente». Este “algo” es el corazón: la exigencia de felicidad, de verdad, de justicia. Resurge a pesar de todas las desilusiones, nunca se resigna del todo, resiste el embate del tiempo. Lo describe el poeta Machado: «¿Mi corazón se ha dormido? / Colmenares de mis sueños, / ¿ya no labráis? [...] No; mi corazón no duerme. / Está despierto, despierto»⁴.

Nuestro corazón tiene una naturaleza más infinita que la nada a la que a veces queremos huir. Por eso, en el fondo de cada desilusión, nos sorprendemos esperando un cambio: que vuelva el amor, el amor verdadero, que renazca la vida, que suceda algo a la altura de nuestro corazón.

Testimonio

Una tarde especialmente difícil por distintos motivos, después de haberme enfadado con algunos de mis amigos, me vi solo ante un montón enorme de cosas para estudiar. Me puse música intentando distraerme y no pensar en nada. Pero el malestar no se me iba y todo parecía decirme que la vida no merece la pena, que es banal y monótona.

En un momento dado se encendió una especie de ímpetu en mí, una rebelión interna. Miré el reloj mientras pasaba el tiempo y me dije: «¡Ostras, yo existo!». No es verdad que todo discurra en vano.

Fui hasta el fondo del estudio, mi exigencia de sentido se entrelazó con la de los autores que estudiaba y creció.

Pensé en los rostros de mis amigos, también de aquellos con los que me había enfadado, pensé en todas las dificultades. Mi vida estaba ahí delante, tal como era, se me daba en ese momento.

Me di cuenta de que existía sin haber hecho nada para merecérmelo, y que necesitaba buscar algo que realmente resistiese el embate del tiempo. Me sentí querido, ya no estaba solo.

UNA NOVEDAD RADICAL

¿Hay algo que esté a la altura del corazón? Cuando caemos en la cuenta de lo frágiles y limitados que son nuestros intentos de recuperar en la medida de lo posible lo que se ha corrompido con el tiempo, ¿hay algo que sea suficiente ante la necesidad de un cambio que resista el embate del tiempo?

«Un imprevisto / es la única esperanza»: un imprevisto, una novedad radical que no sea producto de nuestras manos, de nuestros pensamientos. Hace falta que suceda algo tan nuevo que marque para siempre nuestro corazón, que lo marque más que un tatuaje en la piel.

Sören Kierkegaard fija el criterio con el que reconocer esta novedad radical cuando sucede: «Esto es lo importante en la vida: haber visto una vez algo, haber escuchado algo tan grande, tan magnífico que cualquier otra cosa sea nada comparada con ella, e incluso si se olvidase todo lo demás, esa no se podría olvidar nunca». ¿Nos ha pasado alguna vez algo así?

Cuando sucede esta novedad la reconocemos porque abre nuevamente nuestro corazón a la esperanza, como escribe un joven poeta: «Hábiles manos / que sacan de las zarzas / un corazón / que se secaba, olvidado». Solo esta novedad radical está a la altura de nuestro corazón: una preferencia ante la que no tenemos que escondernos, ante la que podemos ser por fin nosotros mismos, ante la que se vuelve positivo lo que es negativo en nosotros. Esta preferencia es como si te dijeren: «Eres precioso a mis ojos», tú, no otro;

³ L. Gaga - B. Cooper, «Shallow», pp. 7-8.

⁴ A. Machado, «¿Mi corazón se ha dormido?», p. 7.

⁵ E. Montale, «Antes del viaje», p. 8.

⁶ S. Kierkegaard, *Diario*, pp. 8-9.

⁷ L. Barnardi, «Jacinto», p. 9.

⁸ Is 43,4.

tú, ahora, tal como eres, no cuando cambies o seas distinto. Qué diferente es del modo con el que habitualmente concebimos el amor, el quererse, reducido a una posesión, a aprovecharnos uno de otro para después dejarnos.

Esta preferencia es infinita, no se detiene ante nuestro fracaso y nuestra traición: frente a la traición, ama todavía más, hasta el final, hasta dar su vida por ti. Como hizo Jesús con sus amigos: viendo sus límites y sus traiciones, «los amó hasta el final», es decir, hasta dar su vida por ellos.

Más allá de nuestras ideas previas o de las opiniones comunes, el cristianismo es originariamente el anuncio de esta preferencia infinita, el acontecimiento de esta novedad radical más allá de nuestros pensamientos, como escribe don Giussani: «Una novedad radical, una novedad de orden absoluto, no podía existir y está aquí, no podía existir porque nunca habíamos pensado en ella, no podíamos pensar en ella y está aquí. [...] El cristianismo es una presencia dentro de tu existencia, una presencia que [...] asegura un cambio inimaginable, inimaginable»⁹.

Ante la novedad radical de esta preferencia que nos alcanza no es necesario que seamos creyentes, no hay que echarse para atrás porque uno no lo sea.

Testimonio

Me he pasado toda la vida luchando para conseguir cualquier cosa. He crecido en una familia desastrosa y he madurado antes de tiempo. Y, aunque no lo muestre, por dentro estoy hecha polvo. Es como si dentro de mí hubiese un agujero negro, listo para llevarse todo lo que tengo dentro. Me he acostumbrado a llevar siempre puesta una careta para que nadie viese lo que me pasaba. Nunca he sido capaz de hablar con nadie de esta oscuridad que tenía dentro, pero quería que alguien pudiese y quisiese ayudarme. Y esto es lo que he encontrado en GS: he conocido amigos que están dispuestos a escucharme y a estar cerca de mí. Gracias a GS me estoy redescubriendo a mí misma, a la verdadera yo, sin caretas. No sirve para nada esconderse detrás de una careta para que nadie te vea. Siempre lo he hecho para esconder que las cosas me dejaban hecha pedazos, pero finalmente he comprendido que también estoy hecha de esto.

⁹ Cf. Jn 13,13.

¹⁰ L. Giussani, *¡Vivo quiere decir presente!*, p. 9.

2. Sin mí no podéis hacer nada (Jn 15,5)

ALGO «QUE NO TIENE VUELTA ATRÁS»

¿Cuál es la naturaleza de la novedad radical de esta preferencia de la que hablamos, que hace que aunque pasase un año y no la volvieses a ver, no podrías quitártela de los ojos, no te olvidarías de ella? Es algo que podríamos describir con las palabras de otra canción de Lady Gaga: «Cuando se pone el sol y la banda deja de tocar, siempre me acordaré de nosotros así. Cuando me miras y todo el mundo se desvanece, siempre me acordaré de nosotros así»¹¹.

¿Nos ha sucedido algo parecido? Todos vivimos experiencias bonitas, apasionantes, emocionantes que, sin embargo, terminan, se limitan a un momento, «como una ola del mar que, después de haber tocado la orilla, se retira y todo vuelve a ser como antes»¹². Pero, ¿hay alguna experiencia de la que no haya vuelta atrás, alguna que pueda describir tu vida como partida en dos, *antes* de ese momento y *después* de ese momento? ¿O todo está a merced de las emociones?

Podríamos describir así lo que nos sucede muchas veces, esquematizando al máximo: llegamos de una experiencia A (la soledad, la confusión, la desilusión), luego nos sucede B, algo que nos descoloca (una novedad radical: nos sentimos preferidos, tratados como reyes), pero después, con el paso del tiempo, parece que ese B nunca se ha producido y volvemos a A como si no hubiese sucedido nada, como si nada tuviese la fuerza para resistir el embate del tiempo.

Si miramos con atención nuestra experiencia, sin embargo, nos damos cuenta de que lo que al principio nos impresionaba de B y hacía que fuese un momento especial, no era tanto una emoción, sino un hecho. Es un hecho que ha provocado una emoción: algo fuera de nosotros ha movido algo que está dentro de nosotros. Se ha tratado siempre del encuentro con alguien, con una persona o una comunidad, en el que hemos tenido por fin el presentimiento de algo nuevo, distinto, hasta el punto de decir: «Ahí hay algo verdadero», porque hemos sido preferidos, nuestra persona ha sido puesta en el centro, se hablaba de nosotros, se nos hablaba a nosotros.

Este encuentro, más allá de nuestros pensamientos, enciende un fuego dentro de nosotros, despierta la esperanza de un cambio. Lo que despierta esta impresión no son ante todo determinadas palabras o determinados gestos, que pueden no ser claros del todo, sino sobre todo la esperanza que los gestos y las palabras de esas personas vuelven a encender en nosotros, hasta el punto de hacernos decir: «¡Quizá lo he encontrado!». Pero, ¿es suficiente esto para resistir el embate del tiempo?

Testimonio

Siempre he sido muy selectiva a la hora de elegir mis amistades (según mi madre, «despiadadamente selectiva»), siempre he sido un poco antipática, me bastaba con quedarme tranquila en mi rincón. No es que fuese feliz en esta situación, pero antes que mezclarme con chavales de mi edad cuyas costumbres no me gustaban (alcohol y fiestas demasiado movidas), he preferido siempre seguir mi predisposición inicial a la misantropía.

Sin embargo, entre los chavales de GS se percibe un ambiente distinto: lo había percibido ya en las vacaciones de invierno (que fueron la ocasión de conocer a toda la comunidad de mi provincia). No se percibe únicamente un fuerte vínculo de amistad entre todos esos jóvenes, sino también una apertura insólita hacia personas que no conocen (incluida yo), una atención que yo nunca había recibido.

Fue inevitable la comparación entre mi forma de estar ante quien tengo delante y la suya. Una disponibilidad y una apertura así yo no la tengo ni de lejos, y por eso aprecio tanto a quienes son capaces de acoger al prójimo de forma tan natural.

«ALGO EN CUYO INTERIOR HAY ALGO»

La primera impresión de algo nuevo no basta para resistir el embate del tiempo aunque nosotros, para conservarla, nos aventuremos a dar definiciones: «Es la verdad», «es Dios». Es lo mismo que le pasa a quien se haya atrevido a decir por primera vez: «te quiero» a la persona amada. No es suficiente con repetir palabras clave o fórmulas mágicas para conservar para siempre la verdad de lo que ha sucedido.

¹¹ L. Gaga, «Always remember us this way», p. 25.

¹² J. Carrón, ¿Hay algo que resista el embate del tiempo?, supl. de «Huellas-Litterae Communionis», n. 6/2019, p. 18.

No basta una definición, porque después del gran entusiasmo del principio, después del presentimiento de la verdad, la emoción decae y la compañía que hemos encontrado muestra sus límites, porque está hecha de personas frágiles y limitadas. La comunidad estupenda que nos había acogido puede parecer ahora un club exclusivo y asfixiante.

Es un momento dramático porque, antes de renegar de todo y decir: «Nada ha sido verdad», tratando el hecho que nos ha sucedido «como si fuese una más de las cosas que suceden en la vida, que prometen mucho y después desilusionan porque se terminan»¹³, tendremos que darnos cuenta de qué es lo que nos había impresionado de esas personas.

Pero es justamente este conflicto con los límites del sentimiento y de la compañía lo que puede hacer que nos demos cuenta de que lo que nos ha conquistado desde el principio no han sido ellos o su capacidad, porque ellos son también frágiles y limitados, sino algo que está dentro de ellos pero que no depende de ellos, que es más grande que ellos: es algo más allá de ellos, algo «más» que ellos.

Ese «más» es excepcional, es decir, corresponde a la espera del corazón. No ha sido un producto de nuestras capacidades o de las suyas, sino que ha aparecido como «“un rayo en la niebla”», pero esta fugaz aparición nos produce igualmente la seguridad de haber encontrado, por decirlo con un juego de palabras, “algo en cuyo interior hay algo”»¹⁴.

Como muestra la imagen del Cartel de Pascua¹⁵ de este año: lo que corresponde a nuestro corazón no es esa mano hacia la que tienden los discípulos, sino descubrir quién está detrás para comprender de verdad lo que nos ha sucedido, a quién hemos encontrado a través de esas personas.

Por eso nos conviene descubrir qué es ese «algo en cuyo interior hay algo», este «más» que puede resistir el embate del tiempo, cuando el entusiasmo disminuye y la compañía nos desilusiona. ¿Con quién nos hemos encontrado a través de esas personas?

Testimonio

Sé que lo que me ha dado este movimiento es algo esencial para mi vida. Pero, ¿qué pasa cuando la compañía que has tenido siempre te ahoga? ¿Qué pasa si los rostros que siempre te han acompañado ahora te asfixian hasta el punto de que te hacen sentirte fuera de lugar, te hacen sentirte una extraña?

¿QUIÉN ERES TÚ?

«¿Quién eres tú, que me has aferrado a través de estos rostros?». Este es el cúlmén del corazón del hombre, que no se detiene ante el fracaso de los sentimientos ni ante los límites de las personas que hemos conocido.

Nos vemos provocados a «reconocer la naturaleza del encuentro que nos ha sucedido, la presencia que nos ha aferrado»¹⁶. ¿Qué es ese «algo que hay dentro de otra cosa»? ¿Quién eres tú que te escondes entre nosotros, tras nosotros?

Es una pregunta que nos deja expectantes porque se asoma al Misterio, y cualquier intento de respuesta parece reductivo. Es una pregunta que nos llena de silencio, porque el silencio es espera de la respuesta de otro que no soy yo, espera de que se deje ver, de que muestre su rostro, de que diga su nombre. Como cuando uno declara su amor: la espera de la respuesta de la persona amada está llena de silencio, y todos nuestros intentos de imaginarnos su respuesta no nos darán la satisfacción que produce escuchar decir: «Sí, yo también te quiero».

La respuesta a esta pregunta no viene de la lectura de un texto, que sería algo solo para intelectuales; como escribe Julien Green: «Yo quiero verle, quiero tocarle... Quiero estar cerca de Él, ¿entiendes? Como se está cerca de una persona viva. Y quiero verle»¹⁷.

No basta tampoco repetir como un mantra palabras y oraciones que dicen otros, o participar de forma pasiva en gestos religiosos tratando de capturar la respuesta, igual que se intenta cazar mariposas con una red. Algunos cristianos pueden incluso vivir la participación en la comunidad cristiana y la oración de forma supersticiosa, buscando la magia de la emoción, esperando granjearse el favor del Misterio. Todos ellos son intentos humanos de comprender, son expresión del sentido religioso de quien trata de ver a Dios y de darse

¹³ J. Carrón, *¿Hay algo que resista el embate del tiempo?*, op. cit., p. 22.

¹⁴ L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, en *Cuadernillo de textos del Triduo*, p. 26.

¹⁵ *Cristo y los apóstoles. Detalle de los frescos con episodios de la Vida de Cristo*. Iglesia de Santa Margarita (s. XIII, ca.), Laggio di Cadore (Belluno, Italia).

¹⁶ J. Carrón, *¿Hay algo que resista el embate del tiempo?*, op. cit., p. 28.

¹⁷ J. Green, «Moirá», en *Cuadernillo de textos del Triduo*, pp. 28-29.

por sí mismo una respuesta a sus propias preguntas.

Pero esto no es todavía «la» respuesta, no es el revelarse de una presencia que se impone y que responde a nuestra gran pregunta: «¿Quién eres tú?». Se trata de un intento nuestro que, como hemos dicho, no se mantiene con el tiempo.

Los amigos, sobre todo los que son mayores, son amigos de verdad si nos ayudan a estar en esta posición de esperar frente al Misterio, sin el ansia por tapar esta gran pregunta con respuestas que después desilusionan, porque habitualmente somos impacientes y tenemos prisa por darnos nosotros la respuesta, más que esperar a recibirla.

¿Qué hace falta, entonces? Que de la orilla de lo desconocido venga el Misterio a responder a nuestra pregunta: «¿Quién eres tú?», que venga a sorprendernos para hacernos renacer.

Testimonio

¿Quién eres? Eres tú, pero dentro de ti hay un fuego que es más grande que tú.

¿Podemos decir que esta «presencia» que sale a nuestro encuentro a través de personas fragilísimas se mantiene con el tiempo?

Pero, ¿cómo puedo tener certeza de esta presencia?

¿Cómo puedo reconocer esta presencia?

¿Quién me dice que es justamente Él y no alienígenas que nos manipulan desde lo alto?

¿Quién es Cristo? Yo no le he visto, no le he percibido.

¿Qué quiere decir ver a Cristo en la gente?

He empezado a intuir que Jesús existe ahora, ¡pero os suplico que me ayudéis a entender Quién es!

¿Quién junta todo esto?

NO OS DEJARÉ HUÉRFANOS (JN 14,18)

Lo único que resiste el embate del tiempo es una Presencia que viene para amarme y amarte ahora, más allá de todos mis límites y de los de demás. Es una Presencia viva, que no nos deja huérfanos, que nunca nos deja solos; una Presencia que, en circunstancias siempre nuevas, viene una y otra vez a reconquistarnos, hoy al igual que ayer, hoy todavía más que ayer, sin perder nada del pasado.

Esto es lo que resiste el embate del tiempo: una Presencia que es siempre contemporánea a nosotros, porque Su mirada te «persigue» de forma nueva e imprevista, a través de rostros y lugares siempre distintos, pero con el mismo acento, con fidelidad, justamente ahí donde eres más débil.

Con el tiempo descubres que esta misma mirada, este mismo acento, no solo es fiel a tu vida, sino que desde hace dos mil años es fiel a toda la historia. A través de amigos siempre nuevos, es esta Presencia lo que te hace llorar, como hizo llorar amargamente a Pedro; lo que te arranca de la nada de tu distracción, como fue a buscar a su casa al ladrón Zaqueo; lo que perdona tus pecados y te vuelve a poner en marcha, como hizo con la mujer sorprendida en flagrante adulterio y que estaba a punto de ser lapidada.

La experiencia de la fidelidad de esta Presencia hace surgir una pregunta cada vez más grande: «¿Quién eres tú, que resistes el embate del tiempo, que desde hace dos mil años atraviesas la historia, atraviesas mi historia y llegas hasta mí, eres contemporáneo a mí?».

Los amigos a los que he planteado esta pregunta me han respondido como se les ha respondido a ellos, como desde hace dos mil años se sigue respondiendo: «Date cuenta de que no soy yo, de que es Cristo entre nosotros».

Esta respuesta yo nunca la habría imaginado, no era este el Cristo que yo me imaginaba; yo podía pensar en un gran hombre del pasado con el pelo largo y una larga túnica blanca, muerto y sepultado. En cambio Cristo asume tu rostro, mi rostro: nunca me lo habría imaginado así.

Esta respuesta no es un sentimiento, no es una deducción lógica –como la de alguien que dice: «Yo llego a decir “Cristo”»–, sino que es la respuesta que otro me ha dado. Yo me adhiero razonablemente esta respuesta

¹⁸ Cf. L. Giussani, *El tiempo y el templo. Dios y el hombre*, en *Cuadernillo de los textos del Triduo*, pp. 26-27: «Aquellos dos, Juan y Andrés, y aquellos doce, Simón y los demás, se lo dijeron a sus mujeres [...]. También se lo dijeron a otros amigos. [...] Y esos amigos se lo dijeron a otros amigos, y luego a otros amigos, y más tarde a nuevos amigos aún. [...] Y estos a otros, como una gran corriente que se fue agrandando, como un gran río que crecía, hasta que llegaron a decirselo a mi madre, ¡a mi madre! Y mi madre me lo dijo a mí cuando era pequeño. Y yo digo: “Maestro, tampoco yo comprendo lo que dices, pero si nos alejamos de ti, ¿adónde iremos? Solo tú tienes palabras que corresponden al corazón”».

porque reconozco que en él hay algo que no es él, «porque hay un factor aquí dentro, un factor que determina esta compañía –que produce ciertos resultados en esta compañía, ciertas resonancias–, tan sorprendente que, si no afirmo que hay algo diferente, no estoy dando razón de la experiencia»¹⁹.

La fe es reconocer esta Presencia, no es una imaginación, un sentimiento o un razonamiento, sino que es reconocer una Presencia cuyo nombre tú me dices; una Presencia que está en el origen de una experiencia que sigue arrastrándome, que está resistiendo el embate del tiempo, que viene a aferrarme nuevamente.

La fe es reconocer una Presencia que está más allá de los límites de mi razón, porque no veo a Cristo como te veo a ti, salvo casos extraordinarios de visiones místicas. No Le veo, y sin embargo no puedo dejar de reconocer que es verdadero y razonable adherirme a lo que tú me propones para dar razón de lo que vivo contigo.

Basta con ser sencillos: yo no veo a Cristo, te veo a ti y todos tus límites, pero lo que me interesa de ti es este fuego que hay en ti y que va más allá de ti. Tú me dices que es Cristo, y entonces, por este fuego que veo y que no sé explicar, yo me fío de ti, estoy contigo porque Le reconozco presente en ti.

Testimonio

Nací en África y desde hace casi tres años vivo en Italia. Tenía muchas ganas de venir, sobre todo porque conocería a mi padre, pero cuando llegué me sentí terriblemente solo y confundido.

Sin embargo, hace dos años una señora a la que llamo «abuela» me llevó al Meeting de Rimini y me presentó a algunos bachilleres. Yo no hablaba italiano, pero fui feliz con ellos.

Por desgracia, mi padre no me permitió volver a estar con ellos, pero yo no los he olvidado, y al año siguiente volví al Meeting, en donde sabía que volvería a encontrarme con ellos. ¡Allí sucedió!

Ahora estoy con ellos y he participado también en las vacaciones de invierno. Eran mis primeras vacaciones. Volví con la «abuela» y le dije que había sido tratado como un rey, porque así había sido.

Con la Escuela de comunidad entiendo lo que vivo ahora y también muchas cosas que he vivido en África y que no sabía juzgar.

Creo que lo que se mantiene con el tiempo es mi necesidad de no estar solo y la posibilidad de ver a estos amigos nuevamente.

VUESTRA TRISTEZA SE CONVERTIRÁ EN ALEGRÍA (JN 16,20)

Cada hombre está llamado a reconocer esta Presencia, a tomar postura sobre la naturaleza de la preferencia que ha experimentado. Como escribía Kierkegaard, no hay problema más serio en la historia que el «tú debes»: «Que el cristianismo te haya sido anunciado significa que debes tomar posición frente a Cristo»²⁰. ¿Quién es Jesús? ¿Es una ilusión de las masas, un charlatán, un gran mago que ha salvado a muchos pero no se ha salvado a sí mismo, una invención de los curas, o el nombre de esta preferencia que nos ha alcanzado?

Viendo la fragilidad de nuestros sentimientos, que se desvanecen en el vacío, viendo la pequeñez de las personas que hemos conocido, viendo la derrota del hombre Jesús en la cruz, cada uno de nosotros está llamado a dar su respuesta. No sirve de nada repetir de forma acrítica y ciegamente la respuesta de otros, del compañero, del responsable o de vuestros padres.

Nos hallamos en una época en la que todo parece tan frágil y líquido que no sabemos qué hacer con «un pequeño cristianismo de ajustes y de desilusiones en el que nos confundiremos con nuestros mismos expedientes»²¹. Si fuese algo que se agotase con GS y con la emoción de algunos momentos, entonces sería mejor no hacerse la ilusión. Pero el cristianismo no es un oasis feliz en un mundo desesperado.

El cristianismo es la mano –la presencia contemporánea– de Alguien entre nosotros que, aunque todos se fueran, nunca te abandonaría.

Hoy hemos llegado a un punto en el que solo podremos ser cristianos si reconocemos que Cristo está presente, que vence en la historia, que permite «desafiar cualquier oscuridad, cualquier duda, cualquier miedo, cualquier inseguridad»²² y nos hace gozar de la vida. Hasta el punto de que se puede estar en cualquier sitio, se puede ir a un país en donde no se conoce a nadie, se puede empezar una nueva universidad, a la luz del reconocimiento de esta Presencia que no nos abandonará nunca: con Él incluso la tristeza se convierte en

¹⁹ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 1996, p. 200.

²⁰ S. Kierkegaard, *Diari*, en *Cuadernillo de textos del Triduo*, p. 32.

²¹ E. Mounier, *Lettere e diari*, en *Cuadernillo de textos del Triduo*, p. 32.

²² J. Carrón, *¿Hay algo que resista el embate del tiempo?*, op. cit., p. 34.

ocasión de alegría. Como dice el abad a Miguel Mañara: «¿Por qué temes perder lo que sabes que te ha encontrado?»²³.

«Y vosotros, ¿quién decís que soy?» (Mc 8,29). Cristo espera nuestra respuesta de hombres libres y puede esperar durante toda la vida, para que tú reconozcas lo que Él ha hecho por ti. Este es el método de amar de Dios, de quien resiste el embate del tiempo: te espera incluso durante treinta años, durante toda la vida. Espera incluso cuando tú le niegas, le escupes a la cara, le insultas, blasfemas. Él espera, espera tu libertad hasta el punto de dejarse crucificar por esta libertad, porque quiere ser amado libremente, por hombres libres y no por esclavos²⁴.

Este es el amor verdadero, un amor que no te ata a sí a la fuerza, sino que espera incansablemente tu libertad, como lo imagina Tagore en una poesía suya: «Los que me aman en este mundo, hacen todo cuanto pueden por retenerme; / pero tú no eres así en tu amor, que es más grande que ninguno, y me tienes libre [...] / Y aunque no te llame en mis oraciones, aunque no te tenga en mi corazón, / tu amor sigue esperando mi amor»²⁵. ¡Qué diferencia con esas relaciones que, por el contrario, miden siempre el grado de posesión recíproca, pretendiendo siempre una determinada actuación! En cambio Cristo espera y, por ello, cada hombre puede tomar posición libremente frente a él.

Esto es lo que resiste el embate del tiempo: la presencia de Cristo que sigue esperando incansablemente el reconocimiento de nuestro corazón, de nuestra irreductible necesidad que nunca podremos arrancarnos. «Cristo mendigo de corazón del hombre el corazón del hombre mendigo de Cristo»²⁶.

Testimonio

El año que viene mi familia y yo nos iremos a vivir al extranjero por el trabajo de mi padre. Esta circunstancia ha hecho que se volviese cada vez más urgente para mí la pregunta: «¿Hay algo que resista a pesar del tiempo y la lejanía?».

Allí donde voy no existe GS. Lo más sencillo sería cerrar el capítulo de mi vida aquí y empezar desde el principio, dejando que todo lo que he encontrado y visto se quede como un recuerdo un poco melancólico por el que sentir nostalgia.

Sin embargo, en estos días en los que todavía estoy en Italia soy cada vez más consciente de que si todo terminase debido a la lejanía, entonces no tendría sentido seguir a GS hoy. Sería una tomadura de pelo.

Deseo una amistad que sea así siempre, no solo en determinadas circunstancias. Mis amigos de GS están lejos en última instancia –unos físicamente, otros mentalmente–, y lo que la vida cotidiana me pone delante son mis compañeros de escuela.

Cuando le he contado a un compañero con el que nunca había hablado en serio todo el tema del traslado, se ha quedado muy impresionado. A partir de esto hemos empezado a hablar de muchas cosas y ha sido, después de semanas difíciles, el primer momento de sinceridad conmigo misma.

Pero esto ha sucedido porque vivir así, estar juntos así no solo es posible entre nosotros. Si es posible vivir mirando siempre a tus compañeros con esa ternura, entonces incluso trasladarse a un país extranjero, entre desconocidos que hablan otra lengua, puede ser bonito.

También aquí puede suceder lo que he visto en la historia de mis padres, con GS, con mis amigos. Y de este modo la realidad, poco a poco, se convierte en algo precioso al 100%.

²³ O.V. Milosz, *Miguel Mañara*, Encuentro, Madrid 2009, p. 48.

²⁴ «Por esa libertad [...] lo he sacrificado todo, dice Dios, / Por esa afición que tengo de ser amado por hombres libres, / Libremente» (Ch. Péguy, «El misterio de los santos inocentes», en Id., *Los tres misterios*, Encuentro, Madrid 2008, p. 420).

²⁵ R. Tagore, «En este mundo», en *Cuadernillo de textos del Triduo*, p. 33.

²⁶ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 14.

3. Si Cristo no ha resucitado, vana es nuestra fe (1Cor 15,14)

¿DESDE DÓNDE VOLVER A EMPEZAR? LA CONTEMPORANEIDAD DE UNA PRESENCIA

Algunas mañanas, nada más levantarnos de la cama, podemos vernos invadidos por la negatividad, como si nada de lo que nos ha sucedido nos hubiese marcado, nos hubiese cambiado, porque han vuelto la distracción y la tristeza. ¿Puede el encuentro que hemos tenido llegar ser historia, llegar a convertirse en «la» historia que marque la vida, que sea el alba de un nuevo día? ¿O está condenado a permanecer a la sombra de nuestras emociones, de nuestros razonamientos que, cuanto más nos repetimos, menos nos convencen?

¿Cómo podemos no reducir lo que hemos vivido a una experiencia entre otras muchas? De lo contrario tendría razón Nietzsche cuando afirma que Dios ha muerto, porque se ha quedado en ese sepulcro de hace dos mil años, como en el sepulcro de las emociones de algunos lugares y de algunos gestos deslumbrantes: «¿Qué son todavía estas iglesias, sino las fosas y los sepulcros de Dios?»²⁷.

Nietzsche hacía también otra afirmación: «Solo podría creer en un Dios que supiese bailar»²⁸, es decir, en un Dios que pueda atravesar el tiempo y el espacio y venga a aferrarme nuevamente, como recita el himno de las *Laudes* del domingo: «A nuestro camino se una, / el corazón arda al oírle»²⁹.

Un Dios que sepa bailar, un Misterio que sepa sorprendernos allí donde estemos, en medio de la niebla, que nos recobre de nuestra tristeza, de nuestra confusión, de nuestro mal y nos despierte, solo puede ser un Dios que haya resucitado, alguien que no se haya quedado encerrado en el sepulcro sino que abra la historia, atravesase el tiempo y lo marque, trayendo lo eterno dentro del tiempo.

Este es el anuncio de la resurrección: hay un hecho que sigue sucediendo independientemente de nosotros, gracias a Su iniciativa, desde hace dos mil años; podremos abandonarlo, pero Él no nos abandonará nunca.

Si Cristo ha resucitado, cambia nuestra pregunta. Ya no trato de mantener vivos los pensamientos y las emociones, como tratando de reanimar un cadáver. Como escribe Heschel: «Una inyección de buenas maneras o de reglas de conducta no resuelve el problema»³⁰. Si Cristo ha resucitado, será Él quien nos sorprenda cuando estemos a punto de ahogarnos en nuestra tristeza. Como hizo con los discípulos de Emaús: se acerca a ellos por el camino de su desilusión y les dice: «¿Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas!»³¹. Y sus corazones vuelven a arder³². La experiencia de los primeros ha llegado a convertirse en historia únicamente porque Él ha resucitado: es Él quien ha vuelto y les ha puesto nuevamente en pie. No somos nosotros los que reanimamos el cadáver de nuestros sentimientos, que están muertos. Cristo ha resucitado. Ese al que creíamos muerto se presenta vivo ante nosotros: es Él quien danza, quien corre, quien nos sorprende por nuestros caminos.

Si un hombre, por lo menos una vez en la vida, ha reconocido que la presencia de Cristo le ha tocado el corazón, entonces puede estar tranquilo: Él vendrá a abrazarle nuevamente, será Él quien demuestre si ha resucitado o si permanece encerrado en un sepulcro. El desafío afecta a Dios, no a la capacidad humana. No hemos hecho nada para merecernos el encuentro que hemos tenido, y por eso será Él quien demuestre que es más fuerte que nuestros límites.

LO QUE HA CONSEGUIDO LA VICTORIA SOBRE EL MUNDO ES NUESTRA FE (1JN 5,4)

Un Dios que sepa bailar a lo largo de la historia es mucho más interesante que el sepulcro de nuestras emociones: este es el verdadero ciento por uno. Sin embargo, nosotros tenemos una imagen psicológica del ciento por uno, como si fuese una mejoría de lo que ya deseamos, como si tuviésemos un Fiat Punto y deseáramos un Fiat Tipo: lo mismo pero un poco más grande, un poco más bonito. En cambio, el ciento por uno es que Dios pone en el garaje de tu casa un Ferrari: es otro orden de cosas. Nunca cambiaremos como nos hemos imaginado, porque el ciento por uno siempre es distinto, siempre mayor de lo que conseguimos imaginar.

El verdadero ciento por uno, de hecho, es la fe, es decir, reconocer la Presencia que atraviesa el tiempo,

²⁷ F. Nietzsche, *La gaia scienza*, en *Cuadernillo de textos del Triduo*, p. 71.

²⁸ F. Nietzsche, *Così parlo Zarhathustra*, en *ibidem*, p. 72.

²⁹ «Himno», *Laudes matutinas del Domingo*, en *Libro de las horas*, Asociación cultural Huellas, Madrid 2011, p. 75.

³⁰ A.J. Heschel, *Grandezza e audacia dello spirito*, en *Cuadernillo de textos del Triduo*, p. 70.

³¹ Lc 24,25.

³² «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?» (Lc 24,32).

que es fiel, que no te abandona nunca y que te cambia. Es la fe lo que nos vence a nosotros y al mundo, no nuestros intentos, como escribe don Giussani en el Cartel de este año: «Yo sigo siendo el pobre hombre que soy, pero con Cristo tengo certeza, soy rico. [...] Uno se ama a sí mismo solo en Su compañía. El afecto por uno mismo lo expresa solo quien lleva este mensaje; amor a uno mismo y, por tanto, amor a los demás»³³. Solo gracias a esta Presencia empiezas a cambiar, a amarte y a amar, es decir, a experimentar el ciento por uno.

Existe un modo muy sencillo con el que Cristo ha decidido permanecer en la historia. Los cristianos no creen que para permanecer en la historia Cristo haya hecho caer un libro del cielo, porque entonces solo los intelectuales habrían comprendido; tampoco ha enseñado magias especiales, porque entonces solo los magos habrían tenido su poder. Cristo ha hecho algo sencillísimo: la Iglesia, gente con la que se puede estar, con la que se puede pasar el tiempo, con la que se puede estudiar por las tardes, con la que se uno se puede encontrar una vez a la semana para hacer juntos una reunión o un gesto de caridad.

Desde hace dos mil años Cristo resiste el embate del tiempo, combate y mendiga nuestra libertad. Para que no acabe todo el sepulcro de las emociones y los razonamientos es suficiente con ser fieles, fieles a ese pequeño signo, a esa mano con la que Él nos ha alcanzado y nos ha invitado a conocerle. Detrás de esa mano hay Alguien: algunos rostros pueden pasar, pero no la Presencia que hay dentro de estos rostros. Basta con ser fieles al signo que Cristo ha elegido para estar siempre con nosotros, hasta el fin del mundo»³⁴.

³³ Comunión y Liberación, Cartel de Pascua 2019.

³⁴ Cf. Mt 28,20.

Testimonio de Jesús Carrascosa

*Early in the morning
Barco negro
Favola*

Alberto Bonfanti. ¡Buenos días a todos! Esta mañana queremos proponeros el testimonio de un hombre –cuyo nombre es todo un programa: Jesús– que, con sus ochenta años, tiene tal entusiasmo por el ideal, tal gusto por vivir la vida en todos sus aspectos, tal sencillez para reconocer quién es amigo, que puede indicarnos un camino para que cada uno de nosotros pueda volver a descubrir la respuesta a la pregunta que nos hemos planteado: «¿Hay algo que resista el embate del tiempo? ¿Cómo has identificado en tu experiencia esa verdad última de la que habla Carrón en el mensaje que nos ha enviado?»

Jesús Carrascosa. Lo primero que quería deciros es que estoy sinceramente emocionado, de verdad emocionado de encontrarme aquí, por una razón muy concreta: si hoy estoy aquí con vosotros es porque en el año 1954, en una escuela de Milán, don Giussani dio vida a una historia con un grupo de chavales como vosotros –¡realmente como vosotros!– que le siguieron, una historia que también me alcanzo a mí en España. Fueron chavales como vosotros los que comenzaron esta historia. Al ver un grupo de bachilleres, se podría pensar: «Son solo chavales, algo poco significativo para la vida». Sin embargo, todo empezó allí para don Giussani, con chavales que comprendieron el significado de un esquemita que él había pintado en la pizarra: una flecha horizontal con flechas más pequeñas que apuntaban hacia lo alto, hacia una X sin llegar a alcanzarla, y una flecha que bajaba desde esa X y llegaba hasta la línea horizontal. Aquella X –les explicaba Giussani– es el Misterio, el significado de todo, y cada hombre que sea verdaderamente hombre tiene dentro de sí la pregunta sobre el enigma de la vida. Quien no tiene esta pregunta no es hombre, es una persona alienada, vive fuera de sí, porque no ha descubierto la meta de la vida. Por eso estoy muy agradecido por esta invitación, que me ha hecho comprender la importancia que tiene cada uno de vosotros para mí. Giussani empezó todo con aquel grupillo de estudiantes de GS, y con aquellos jóvenes, una vez terminada la tapa escolar, comenzó la experiencia del CLU, los universitarios de CL. El movimiento, este movimiento que está hoy presente en noventa países, nació de aquellos chavales que perseveraron en la amistad con don Giussani. Por ello, ¿cómo no experimentar emoción y gratitud al estar delante de vosotros en este momento? Yo, que he encontrado lo que resiste el embate del tiempo, al miraros estoy agradecido y lleno de una esperanza inmensa, porque esta historia continuará gracias a chavales como vosotros que crecen, y que crecen dentro del ideal.

A leer vuestras contribuciones, me he quedado muy impresionado por todos los que habéis contado dificultades o problemas que vivís porque vuestros padres están en crisis o están separados, y esto provoca una gran inseguridad. Me ha recordado a mí mismo, porque yo tuve una familia con una madre verdaderamente excepcional y un padre desastroso, alcoholizado, del que me avergonzaba muchísimo (sin embargo ha sido muy útil: de hecho, a mí me gusta beber, pero me es imposible emborracharme, porque tengo como un chip que me avisa cuándo tengo que parar), porque es tristísimo ver a alguien que ya no razona, que dice estupideces y vomita. ¡Es algo tremendo! Cuando leía vuestras preguntas he recordado que yo tuve la fortuna de conocer a dos hermanos gemelos. Cuando les conocí no sabía que eran gemelos, hablaba con uno y no sabía que existía otro igual. Empecé a discutir con uno de los dos, llegamos a las manos y gané yo. Pero enseguida apareció el segundo, y entre los dos empezaron a pegarme. Después se arrepintieron, porque dos contra uno no es demasiado leal, y entonces nos hicimos muy amigos. Estos gemelos eran hijos de un matrimonio que fueron como unos padres para mí. En su casa siempre había un sitio para mí. Comía en mi casa y nada más terminar me iba a la suya. En esa familia aprendí lo que no había aprendido en la mía: cómo mira un hombre a una mujer y viceversa; el respeto y el amor inmenso de uno hacia el otro. En vez de llorar porque mis padres no eran precisamente un ejemplo a seguir, miré allí donde había una realidad que correspondía a lo que yo deseaba. Cuando después yo también me casé, entendí que mi forma de mirar a mi mujer, mi forma de respetarla y de estar con ella, tenían mucho que ver con lo que había visto en aquella familia. En la vida hay personas de las que podemos aprender lo que se debe hacer y otras personas –que no son menos importantes– de las que podemos aprender lo que no se debe hacer. Pero es más importante tener personas de las que se aprende lo que se debe hacer. Después de muchos años descubrí que aquellas personas habían sido más importantes de lo que yo creía. Recuerdo a un alumno mío que era huérfano; cuando se planteaba en clase el tema del amor, él levantaba la mano y decía: «Pero yo he

perdido mis padres, entonces soy un desgraciado». Hasta que un día le dije: «Esteban, tienes que entender una cosa: en la vida hay personas que se dedican a mirar para atrás y terminan con tortícolis, lo cual no es muy interesante, pero hay también personas que miran hacia delante. Por eso debes elegir: o la tortícolis o mirar hacia adelante y caminar». El chaval no volvió a poner ninguna objeción. Algún tiempo después se casó y tuvo varios hijos.

Por eso estoy contento de estar con vosotros. Vosotros no sois solo una esperanza, sino que sois una realidad. Con mis alumnos sucedió lo mismo: el movimiento nació en España de chavales como vosotros. El padre Pepe, que está sentado ahí delante, era un chaval como vosotros, tres años mayor.

El problema de la vida es el deseo. Podría decirse: «Dime qué desees y te diré quién eres». Si tienes una capacidad pequeña de desear, eres pequeño; si tienes una capacidad grande de desear, eres grande. El deseo nos constituye, hasta el punto de que es imposible alcanzar algo que no se desea. Hasta los doce años fui un niño muy «difícil» (repetí curso dos veces). Cuando murió mi padre, al ver a mi madre quedarse por las noches cosiendo para pagarme el colegio, fue como despertarme del sueño, y me dije: «Este año voy a conseguir una beca». Yo siempre he tenido dentro un gran deseo y, a medida que crecía, descubría que ese deseo era deseo del todo, y que por menos del todo no se puede vivir, porque estamos hechos para la totalidad. Para mí ha sido así. Este deseo de todo, estas exigencias del corazón y esta pregunta nunca me han abandonado. Recuerdo que los domingos por la noche estaba triste, aunque hubiera ganado mi equipo, el Gijón, o aunque hubiera estado con los amigos: esto no me bastaba. Me decía: «Mañana es lunes, ¡mañana hay que ir al colegio y no he estudiado nada!».

Os cuento una segunda cosa. Durante nueve años fui a un colegio de los jesuitas, el mejor colegio de mi pueblo, con algunos profesores estupendos y otros no tanto. Yo no estudiaba, y por eso perdí dos años. Cuando murió mi padre, como os he dicho, al ver a mi madre sacrificarse, empecé a estudiar, pero como tenía una pésima reputación, todas las cosas malas que pasaban se le atribuían al «Carras», y yo siempre estaba triste. Sin embargo tuve un profesor (que me marcó incluso después, cuando me convertí en profesor) que me quiso de verdad, aunque era un chaval muy difícil. Entrábamos en el colegio a las ocho de la mañana y salíamos a las ocho de la tarde. Un día, al verme luchando con un problema, me dijo: «¡Estupendo! Sigue así». Yo resolví el problema y él me dijo: «¿Ves como lo has conseguido?». Me había dado la responsabilidad de cuidar el material deportivo. Yo me comportaba mal con todos los profesores que no me querían, pero con él no podía. Con ese profesor descubrí que vence quien abraza más fuerte. ¡Vence quien abraza más fuerte! Con mis alumnos he tenido una sensibilidad mucho mayor, sobre todo con los más difíciles, porque yo había sido también difícil; me identificaba con ellos y pensaba: «Vence quien abraza más fuerte, y por tanto a este chaval tengo que abrazarle». Ha sido una experiencia que he sabido mirar y que – con la ayuda de Dios– ha salvado mi vida. Este deseo es el secreto de la vida: con menos del todo no se puede ser feliz, es imposible ser felices. Con menos del todo el tiempo te vence, el tiempo se vuelve un lugar inhóspito, se convierte en una dificultad, no puedes amarlo.

En los años de mi juventud no llegué a querer a Jesús, porque Cristo era alguien que había venido y se había marchado. En mí no existía el pensamiento de que se había quedado presente (lo descubriría muchos años después). Había una poesía de León Felipe, un poeta español que después de la guerra civil tuvo que huir a México, que dice: «Aquí vino... / y se fue / Vino, nos marcó nuestra tarea / y se fue». Entonces yo decía: «Habría sido mejor que no hubiera venido, ¡porque tareas ya tengo bastantes!». En resumen, aunque había asistido a un colegio católico, no había llegado a la certeza de la fe.

En España teníamos la dictadura de Francisco Franco (que duró cuarenta años, hasta 1975), no había libertad, reunirse más de veinte personas era delito, no se podía hablar libremente porque corrías el riesgo de ir a la cárcel. En aquella época conocí a un grupo de intelectuales que luchaban por la libertad que habían perdido la cátedra en la universidad a causa de su oposición a Franco. Se buscaban la vida dando clases particulares a los chavales, eran grandes profesores que enseñaban matemáticas a grupos de diez chicos al no poder enseñar ni siquiera en una escuela superior. A través de aquella gente descubrí el anarquismo, el amor a la libertad. En *El sentido religioso* de don Giussani dice que el anarquista es deseo de libertad y «afirmación de uno mismo hasta el infinito».

Además pensaba: «Si lo que deseo es verdadero, tiene que ser posible vivirlo desde hoy», no como los comunistas, que decían: «Hay que luchar para que otros puedan ver lo que nosotros no veremos nunca». Me parecía mucho más humano vivir una experiencia que afirmaba: «Si es verdadero lo que vivimos, tiene que poderse ver desde hoy». Viví una experiencia comunitaria preciosa: vivíamos juntos, poníamos en común la mitad del sueldo. Nació una editorial para difundir la cultura, porque el anarquismo ama la cultura, y como cobertura para poder recorrer España dando cursos de política, de sindicalismo. Me encontraba con gente

interesantísima que también buscaba el todo. Y además era lo máximo del idealismo: pensad que en aquella editorial todos los cargos eran rotatorios para evitar la tentación del poder, y por eso me tocó también a mí ser el director.

En aquel período caí en una crisis profundísima, porque me decía: «Estoy dando la vida por algo que no se ha planteado el problema fundamental, es decir, por qué existe el mal». Mi mujer estaba muy preocupada. En esta situación José Miguel Oriol, que se ocupaba de las publicaciones de nuestra editorial, fue a la feria del libro de Frankfurt y vio el stand de una editorial italiana –que se llamaba, y se llama, Jaca Book– cuyas publicaciones eran muy interesantes. Después de conocerles, los responsables de la Jaca Book le dijeron: «Tienes que venir a Milán para conocer al viejo». El viejo era Giussani. Le llamaban «el viejo» afectuosamente, ¡porque solo tenía cincuenta años! Oriol fue, y cuando volvió a España, le dije: «Yo también quiero conocer a ese hombre». Entonces fuimos a Milán, Giussani nos esperaba con algunas personas en un buen restaurante (todavía me acuerdo de la calle). Aquella noche descubrí que tenía un amor por la razón y una libertad que me conquistaron completamente. Don Giussani ofreció la posibilidad de hospedar en Milán a dos personas españolas. Hablé de ello con Jone (mi mujer), que había estudiado enfermería y trabajaba en un gran hospital. Le faltaba un mes para conseguir una plaza fija, pero me vio tan mal que me dijo: «¡Vayamos nosotros a Milán!». Y así es como nos fuimos a Milán.

En Milán Giussani nos puso en contacto con la familia de un arquitecto, Enrico Magistretti. Llegamos a Milán un jueves, y el sábado nos llamo por teléfono: «Españoles, ¿qué hacéis el fin de semana?». «¿El fin de semana? Acabamos de llegar, visitaremos Milán». «¿Y por qué no venís con nosotros?». «¿Y qué hacéis?». «Vamos a una casa de campo. ¿Venís con nosotros?». «De acuerdo, vamos con vosotros, para conocer Milán ya habrá tiempo». Fuimos y conocimos a un grupo de italianos casados hacía poco, con niños pequeñísimos; eran amigos. Unos iban a hacer la compra, otros cocinaban, otros preparaban las bebidas. Comimos en un prado. Los niños jugaban. Comíamos, bebíamos, discutíamos animadamente, pero esas discusiones no nos dividían, más aún, nos unían. Al final de la comida volvimos a casa y mi mujer me dijo: «Los italianos de este movimiento [no podía decir más que “este movimiento”] son más amigos que nosotros con nuestros compañeros españoles». Esta fue la clave de todo. Utilizaban un libro de oraciones y mi mujer dijo: «Voy a comprarlo. Empecemos también nosotros a rezar». Y empezamos así, siguiendo a esta gente, porque en ellos vimos algo distinto; lo que Giussani nos había dicho lo habíamos visto hecho carne en aquel grupo: eran amigos porque vivían algo más grande que ellos, algo infinitamente más grande que ellos, que era todo para ellos. En ellos veías la comunión y, al mismo tiempo, veías la liberación, el deseo de cambiar la sociedad, de comunicar a Cristo dentro del mundo. Este fue nuestro primer acercamiento.

Cuando, después de dos años, nos despedimos de Giussani, nos dijo algo que jamás olvidaré: «Estoy muy contento de haberos conocido, os deseo muchas cosas buenas». No nos preguntó: «¿Haréis el movimiento en España?». No, ninguna sugerencia asociativa, solo: «Contento de haberos conocido». Recuerdo que le dije: «¿Y cuándo volveremos a vernos?». Entonces él se quedó sorprendido y a partir de ahí cambió todo. «Cuando queráis. El 26 de diciembre es fiesta en Italia, el 27 estaré en Madrid». Vino a Madrid para cuatro gatos, literalmente: Oriol y su mujer, Jone y yo, vino para nosotros cuatro. Habíamos vuelto completamente decididos a hacer el movimiento en España, pero empecé a tener dificultades nuevamente, tuve una nueva crisis (las crisis son muy interesantes, el único problema es salir vivo para contarlo; porque de las crisis nace siempre algo más grande si uno sabe afrontarlas). Por tanto, estaba triste. En aquellos días Giussani me llamó: «Me han invitado a Barcelona. ¿Acepto la invitación?». Pensad que me llamó y me dijo: «¿Acepto o no?». «Acepta . ¿Te pagan el viaje?» – nosotros no teníamos ni un duro–. «Sí». «Entonces nos vemos en Barcelona, y después vienes a Madrid».

En Barcelona viví una de las experiencias más grandes de mi vida. Estaba tristísimo porque no era capaz de hacer el movimiento. Aquel día había una niebla terrible. El aeropuerto estaba cerrado y las luces de la pista de aterrizaje apenas se veían; los aviones que habían aterrizado la noche anterior podían despegar, pero no se podía aterrizar. Yo le contaba a Giussani todas mis penas: «Tienes que pensar en otro para hacer el movimiento en España . Yo no soy capaz, no consigo organizar nada». Y él me decía: «Pero el sol está». «¿Qué querrá decirme?». Nos montamos en el avión, niebla absoluta. Despega, y después de diez segundos aparece el sol; Giussani me mira y dice: «¡El sol está!». Este episodio se me ha quedado grabado para toda la vida, ¡para toda la vida! Cuando la niebla me asalta, pienso: «Pero el sol está». Si has visto el sol, aunque solo sea una vez, ya no puedes dudar de que existe. «Carras, el sol está». Y yo decía: «¿Entonces?». Mirad lo que me dijo: «Carras, tengo que decirte una cosa: si quieres hacer lo que he hecho yo, ¿por qué no haces lo mismo que hice yo?». «¿Y qué hiciste tú?». «Empecé a dar clase en un colegio». Yo tenía treinta y siete años (¡el último chico de 15 años con el que había estado había sido yo! De hecho, en cuanto uno cumple dieciséis

años deja de mirar a los de quince) y respondí: «Entonces, daré clase». Empecé a buscar trabajo, me contrataron en un colegio y así es como empecé.

Entretanto, Oriol había fundado una editorial (Ediciones Encuentro), que fue utilísima porque un catálogo de los libros que publicamos cayó en manos de Julián Carrón (que a finales de los años 70 era un joven sacerdote que, junto con algunos sacerdotes, había dado vida a un grupo interparroquial comprometido con los jóvenes). Estaba interesado en el programa de Encuentro, porque allí estaban los libros que también ellos querían publicar. Le invité a cenar a mi casa. «Estupendo. ¿Puedo llevar a un amigo?». «Sí, tráelo». «¿Y cómo se llega?». «No te doy la dirección porque es casi imposible llegar». Vivíamos en una chabola de 32 m² en una calle sin asfaltar, en un barrio con doce mil familias en una situación súper proletaria. Estábamos allí por el ideal, porque podíamos tener una casa, de hecho trabajábamos los dos, pero todavía queríamos seguir el anarquismo de los años anteriores, estando con los últimos de la Tierra. Por eso vivíamos allí, muy felices. Carrón vino a cenar con nosotros y estuvimos juntos hasta medianoche. Así empezó nuestra historia con él.

Después, dando clase en el colegio, conocí a los primeros chicos. Recuerdo que cantábamos *Favola*, de Claudio Chieffo: «Hay alguien contigo que no te dejará nunca...». Era la canción que me sostenía. Mientras iba al colegio pensaba con frecuencia: «De estos chavales no queda ninguno. Les he invitado a esta iniciativa y solo han venido tres», y entonces me decía: «Hay alguien contigo, no te dejará nunca». Iba en moto y cantaba esta canción: «Hay alguien contigo...». Si Él está, no te dejará nunca. Y así nació el movimiento en el colegio.

El resto de mi historia es que, en un momento dado, Giussani me nombró responsable de la diaconía internacional de CL. Iba a Milán todos los lunes, me quedaba allí un par de días, y luego volvía a Madrid. Después preguntó a los responsables del movimiento en España si alguno estaba disponible para venir a Italia para abrir el Centro Internacional de Comunión y Liberación en Roma, con motivo del Gran Jubileo del año 2000. Jone había descubierto la fisioterapia durante nuestra primera estancia en Italia, había estudiado fisioterapia y había abierto una clínica en Madrid con seis fisioterapeutas. ¡Me parecía una locura dejarlo todo! Pero mi mujer me dijo algo inolvidable: «Carras, estoy haciendo la oración de Moisés». «¿Y cuál es la oración de Moisés?». «Moisés le dice al Señor: “Si no vienes con nosotros, no nos hagas salir de aquí”»³⁵. Yo me quedé de piedra y dije: «¡Qué bonito lo que dices! ¡Menuda mujer tengo!». Llegado el momento, nos miramos y nos dijimos: «Quiere decir que viene con nosotros», y entonces nos fuimos a vivir a Roma.

Por eso, mi respuesta a la pregunta del Triduo —«¿Hay algo que resista el embate del tiempo?»— es esta: lo que he encontrado resiste. Dios ha hecho milagros, nuestras vidas son vidas cumplidas. Pensad que, cuando éramos anarquistas, no queríamos tener hijos para ser más libres y poder hacer la revolución. Cuando conocimos a Giussani nos dijimos: «Si por el anarquismo hemos hecho un sacrificio tan grande, ¿qué haremos por Cristo?». Hemos experimentado la fecundidad de la virginidad, porque la virginidad trae al mundo más hijos que la carne. Pensad que algunos antiguos alumnos míos son más cariñosos conmigo que muchos hijos con sus padres. Lo mismo le sucede a Jone. Con los años hemos experimentado una paternidad y una maternidad más grande, tan verdadera que se concreta en rostros, en correos electrónicos, en llamadas de teléfono, en una compañía constante. Hemos encontrado el principio unitario de la vida, el único que resiste la prueba del tiempo. Descubrir el principio unitario de todas las cosas es fundamental. El relojero puede conocer todas las piezas, pero si no posee el principio unitario no puede reparar un reloj roto. Lo mismo sucede con el médico: la salud depende de un principio unitario que hace que cada órgano contribuya en la justa medida al todo; y la enfermedad surge cuando un órgano deja de colaborar con el todo. El funcionamiento de un coche está ligado a un principio unitario, y cuando una pieza no colabora como debería, entonces se produce una avería. La vida es mucho más que un reloj, que la salud o que un coche. Encontrar el principio unitario de la vida te permite mirar la realidad con una razonabilidad, con una inteligencia y con una esperanza que serían imposibles sin él. Yo descubrí este principio unitario al conocer a don Giussani.

Os cuento un hecho. Era el mes de julio, en Milán. Hacía un calor terrible. Era la primera vez que Carrón me acompañaba a un encuentro internacional del movimiento. Fuimos a casa de Giussani, en la mesa había una botella de agua completamente «sudada», porque la acababan de sacar de la nevera y estaba muy fría. Al verla, Giussani nos dijo: «Para mí Cristo está tan presente como esto» y, mientras acariciaba la botella, la humedad de la misma caía sobre la mesa. Yo miraba aquella mano que tocaba la botella y me decía: «Yo

³⁵ Cf. Ex 33,15.

quiero que un día Cristo esté tan presente para mí como lo está para él». Es un recuerdo inolvidable. Giussani decía que la fe es reconocer una Presencia, es decir, no tiene que ver con alguien que vino y luego se marchó, como pensaba yo de chaval. Decía también que rezar es hacer memoria de esta Presencia que es la respuesta a todas nuestras preguntas. Todo esto lo he podido comprender gracias a don Giussani y a chavales como vosotros que le siguieron. He descubierto que el principio unitario es este Tú; el Tú de Cristo es el principio unitario que despierta esa capacidad de amistad que es la comunión: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos»³⁶, «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el final de los tiempos»³⁷, «Que todos sean uno, como tú, Padre, en mí, y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros, para que el mundo crea»³⁸. Este ser una sola cosa entre nosotros gracias a Él es la felicidad de la vida, porque no estamos hechos para vivir solos, no estamos hechos para decir: «¡Qué bien, nadie me quiere!». Nunca he conocido a nadie que gritase esto; en cambio, he conocido a mucha gente que lloraba porque pensaba que nadie la quería.

Por tanto, ¿qué vence el embate del tiempo? ¿Qué resiste con el tiempo? Este Tú que se convierte en principio unitario de todo, una Presencia inexorable, inevitable, que se transparenta en el modo de mirar a tu mujer, a los amigos, el trabajo. Con este principio unitario que es Su presencia, ir a trabajar es algo estupendo. Giussani nos decía que el verdadero pecado no es sobre todo las cagadas que podemos hacer, sino que el verdadero pecado –ese del que nunca nos confesamos, porque no sabemos que es el verdadero pecado– es la distracción y el olvido, que nos llevan a tocar la realidad sin que esta se convierta en una aurora nueva. Esto es la misión. La misión no es hablar de Jesús a gente que no ha preguntado nada, la misión es vivir de esta Presencia. Si yo no caigo en la distracción o en el olvido y reconozco que Él está presente, entonces voy a trabajar de otra forma, voy a estudiar de otra forma, voy a clase de otra forma. Toco la realidad de otra forma y todo se convierte en una nueva aurora. El problema no es hablar o explicar, porque es la realidad la que nos habla de Él. Es algo de otro mundo poder ir al colegio o al trabajo así. Quien está enamorado no necesita apuntar en la agenda: «Telefonar a...» (yo nunca escribo en la agenda: «telefonar a Jone»; no necesito escribirlo porque me sale espontáneo hacerlo, ¡ay si no lo hago!, ¡no puedo no telefonarla!). Lo mismo vale con Cristo: no necesitas escribir en la agenda que tienes que rezar, porque llega un momento en el que no consigues olvidarte de rezar. Gracias a esto hemos descubierto qué significa ser esposos, cuál es el valor del matrimonio. Una vez escuché a don Giussani decir que si dos personas que se aman, no aman juntos Aquello –con mayúscula, es decir, Cristo– que no pasará, su amor pasará. Este es el secreto del amor entre un hombre y una mujer, entre amigos y hacia los hijos, porque uno se harta de mirarse a los ojos; luego aparecen otros ojos y te confundes. El secreto es encontrar Aquello, Aquel que no pasará. Esta es la fuerza de la vida, en el matrimonio y en la relación con los amigos. Desde hace veintidós años no vivo en Madrid –mis alumnos que siguieron el movimiento se han casado, los hijos y las hijas de algunos de ellos se han casado entre ellos; ¡es una historia preciosa!–, pero no he perdido a ningún amigo, porque Cristo vence el tiempo y la distancia. El único secreto es que ellos, en Madrid, sigan viviendo lo mismo que yo vivo en Roma. Cuando vivimos lo mismo, cuando vivimos Su presencia, que se convierten principio unitario del conocimiento de todo, la amistad no acaba. En mayo tengo una cita con un grupo de doce o quince amigos, que desde hace algunos años vienen a Roma desde Madrid para una cena; llegan a las ocho de la tarde y se marchan al día siguiente a las nueve de la mañana.

Mi experiencia es esta: Él vence, porque es el secreto de todo, y su manifestación es en la alegría.

Termino con una cosa que me ha ayudado mucho en la vida. En vuestras preguntas muchos contáis cosas horribles que suceden y preguntáis: «¿Qué tiene que ver Dios con las cosas horribles que suceden?». Tiene que ver. ¿Pero de qué modo? Dios no es responsable de las cosas horribles que suceden. Le había ofrecido al hombre un mundo en donde no existían el dolor, la fatiga y la muerte. Pero después de que el hombre cometiese el pecado original dijo a la mujer: «Parirás los hijos con dolor», que quiere decir que en el mundo que Dios había creado no existía dolor. Dijo también: «Te ganarás el pan con el sudor de la frente y morirás». El mal, el dolor y la muerte son consecuencias de la libertad del hombre, porque Dios nos ha creado libres. De lo contrario, Dios sería malo, mientras que es la perfección y el bien. Nosotros pagamos las consecuencias de ser descendencia, familia de aquellos primeros dos, pero Él no nos ha abandonado y un día –precisamente ayer hicimos memoria de ello– tomó sobre sí el pecado y el dolor del mundo hasta morir en la cruz. Recordar esto me ha ayudado mucho en la vida.

³⁶ Mt 18,20.

³⁷ Mt 28,20.

³⁸ Jn 17,21.

Todo esto se lo debo Giussani, que me ayudó a descubrirlo, y se lo debo a chavales como vosotros que le siguieron, que dijeron que sí a su propuesta, y gracias a ese sí existe el movimiento. Y seguirá existiendo gracias a vuestro sí. Por el hecho de ser los más pequeños entre nosotros no sois menos importantes. Sois importantísimos, y si os dejáis hacer por Dios, realizará maravillas en vosotros. Gracias.

Pigi Banna. Gracias, Carras, por cómo miras a los que son más pequeños que tú (estos chavales podrían ser tus nietos); esto nos da la esperanza de que lo que en estos días hemos entrevisto como un alba pueda llegar a ser historia para cada uno de nosotros, pueda convertirse en «la» historia que marca la vida y que, como decía Kierkegaard, no olvidaremos nunca.

Cristo resucitado y sigue siendo fiel a nuestra vida.

Por eso cantamos juntos *Cristo risusciti*³⁹.

Cristo risusciti

³⁹ G. Stefani – Anónimo, «Cristo risusciti», en *Cuadernillo de textos del Triduo*, p. 73.